



MERCADO MUNICIPAL DE ÁVILA

## Brademar

M<sup>a</sup> ANTONIA LANDERO

R amón se ha marchado. Esta mañana, cuando estaba a punto de abrir mi puesto de frutos secos, me lo dijo Mauricio con su acostumbrado laconismo, mientras pasaba la fregona por el pasillo: “Me ha dicho Ramón que te dijera que se marcha”. Y siguió limpiando, muy atento a la tarea. Luego se detuvo un momento y mirando al suelo, como esforzándose en descifrar un enigma, añadió: “hay que ver qué hombre, me llama anoche a las tantas para decirme que se tiene que marchar urgentemente y no me dio tiempo ni para preguntarle por qué. Y mira que lo siento porque, aunque es un poco raro, a trabajador no hay quien le gane. Por cierto, que también me dijo que se acordará de ti y que gracias por todo”. Y volviendo a la fregona, murmuró: “hay que ver”.

Que se acordará de mí y que gracias por todo. Aunque cuando se despidió de mí anoche tuve la sensación de que ya no volvería a verlo, me quedé vacía, como si la gente que pasaba voceando con cajas y sacos de aquí para allá, estuviera en un escaparate mecanizado de Navidad y yo los viera desde la calle sin escucharla.

Sólo han pasado tres meses, pero a mí me parece que hace mucho tiempo que llegó aquí, al mercado de Ávila, y se puso a trabajar en el puesto de frutas de Mauricio. Parecía un hombre extraño y, aunque nunca sonreía, no tenía una expresión triste, sino ausente. Nunca hablaba más de lo necesario y aunque intentaba ser amable, parecía que las palabras tuvieran espinas y le doliera la garganta al pronunciarlas. De modo que se ensimismaba en el



trabajo procurando despachar la fruta lo más rápidamente posible, con una leve sonrisa que trataba de disculpar su parquedad.

Pero nunca me fijé en él con atención, hasta que un día, en un momento en que no estaban ni él ni Mauricio, por casualidad miré un cuaderno que había dejado en un estante del puesto. Estaba lleno de palabras extrañas escritas a lápiz: forgal, nedorme, megebundo, gramalón, protovisto, añaperol, prodaliz, betezolí, sentiblasol. En otras hojas había nombres de estrellas, frutas y planetas, junto a multitud de números y operaciones matemáticas. Y también había anotaciones que tampoco comprendía: “si uno siente nostalgia una tarde de tormenta...” “si lamentas haber llegado a una ciudad desconocida...” “si se cruza un perro por la calle o encuentras un juguete como aquellos que le gustaban...” frases así, seguidas de puntos suspensivos y de más números que consiguieron intrigarme más que las extrañas palabras.

Cuando iba a cerrar el cuaderno, se cayó al suelo una hoja doblada. Dentro estaba la foto en blanco y negro de una mujer en la playa en un día nublado, sonriendo de pie junto a una pelota a rayas y un perrito de lanas. Y detrás, escrita con letra menuda, una frase: “no me olvides nunca”.

Empezaba a ser todo tan raro, que le pregunté a Mauricio de dónde había venido aquel hombre de repente sin que nadie lo conociera. Pero sólo contestó: “puse un cartel solicitando dependiente en la puerta del mercado y se presentó. Me pareció un buen hombre”. Cuando le hice la observación de que parecía un poco huraño, se conformó con decir: “yo no le pago para que me entretenga”.

De tanto observarle, me fui enamorando de él, o al revés, no sé. Yo creo que uno se enamora por cosas sin importancia, así que no sé si fue por su mirada, que siempre iba con una disculpa incluida, o por el misterio que rodeaba al cuaderno, que en medio de los puestos de carne, verduras y pescado, era completamente inusitado.

Aquel misterio se desdoblaba en dos: el significado de aquellas palabras y la identidad de la mujer de la fotografía. Pero por más que me dedicaba a escrutarle, él repetía cada mañana las mismas tareas, con el mismo gesto, con el mismo cuidado, de modo que yo no avanzaba nada en mis especulaciones. Así que, después de darle muchas vueltas, una mañana, nada más abrir el puesto, me acerqué a él y le ofrecí una taza de café del termo que llevé preparado de casa. Antes de que pudiera rechazarla, se lo dije:

–He tenido un sueño.

–Ya –dijo distraído mientras ordenaba unas manzanas.

–He soñado que en una pizarra estaba escrita una palabra muy extraña que no sé qué significará. Nunca la había oído.

–¿Qué palabra? –preguntó mientras dejaba por un momento su tarea.

–Brademar.

Entonces me miró, por primera y única vez, con interés. Pero al fin se sonrió levemente y sólo dijo:

–A veces es mejor que las palabras no signifiquen nada-. Y volvió a las manzanas.



-¿Y eso por qué lo piensas?

-Bueno, es una larga historia.

Y volvió a ensimismarse en el trabajo como quien se resguarda de una tormenta, mientras yo me quedaba de pie con la taza de café en la mano. Hasta que Mauricio, acercándose con una caja de naranjas, me gritó:

-¡Hey, señorita elegante, apártese, que llega el rápido de las nueve.

Cuando volví a mi puesto, sólo sabía que había una larga historia, casi lo mismo que ya me imaginaba. Pero no parecía muy dispuesto a hablar de ella.

A veces tenía el aspecto de boxeador a punto de tirar la toalla, por eso pensaba que el día menos pensado se marcharía. Y porque sabía por Mauricio que no tenía ni familia ni amigos en la ciudad y que vivía en una habitación alquilada en una antigua casa de huéspedes, como viven los que están de paso.

Así que ayer por la tarde, me decidí. Cerré mi puesto un poco antes de la hora y me fui a esperarle a la salida del mercado. Ya casi era de noche y el viento helado de noviembre se metía en los huesos. Desde la esquina de la calle Vara del Rey, podía ver, a través de los grandes ventanales, cómo poco a poco iban cerrándose los puestos y cómo las siluetas reflejadas en los azulejos blancos que cubren las paredes, se deslizaban por los pasillos y aparecían después enfundadas en abrigos por las breves escaleras de la entrada.

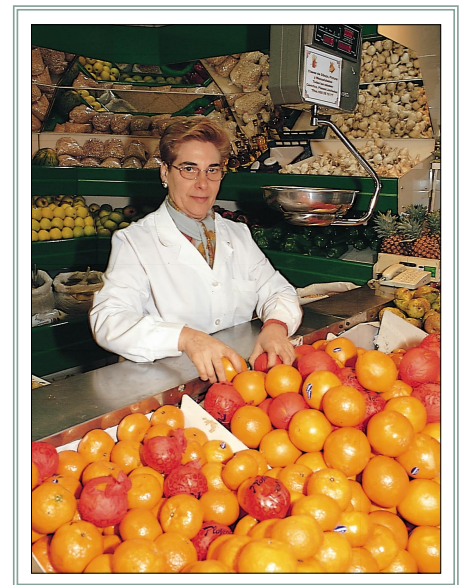
Cuando ya había salido casi todo el mundo y la calle empezaba a llenarse de silencio, apareció en la puerta. Mientras tanto, por el ángulo de luz amarilla de los antiguos faroles adosados a las fachadas del mercado, habían empezado a caer veloces rayas de lluvia helada.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero crucé la calle casi a ciegas, me puse delante de él y, apartándome la bufanda de la boca, le dije:

-Cuéntame esa historia.

Se quedó mirándome como sopesando ventajas e inconvenientes del siguiente paso a dar. Seguramente fue un momento, pero a mí se me hizo eterno. Alrededor sólo se escuchaban los goterones de lluvia retumbando en todas partes. Por la calle casi vacía a veces pasaban paraguas negros apresurados, que al poco desaparecían por esquinas o portales. Y aparte del retumbar del chaparrón y del paso oscuro de paraguas, sólo recuerdo bien que sentía los pies flotando sobre el suelo, como si estuviera a punto de disolverme. Después, me cogió del brazo, me llevó a un bar cerca del mercado y nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Y allí, entre el ruido de la cafetera express y el rumor de un telediario, se puso a contarme aquella historia.

Después de advertirme de que era la primera vez que hablaría de aquello en cinco años "porque precisamente todo lo que he hecho durante este tiempo es vivir para olvidar, de modo que lo que voy a hacer es retroceder en la tarea".



Me dijo que la mujer de la fotografía se llamaba Elena y que había sido el único amor de su vida. Que se habían querido mucho y que él la seguía queriendo, pero que aquello acabó, no importa por qué.

—Cuando la historia terminó, decidí marcharme lejos. Pero a donde quiera que iba, los recuerdos me perseguían por todas

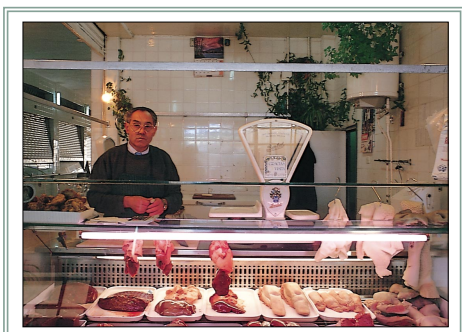
partes. Viajaba siempre en tren, sin rumbo definido. Cuando llegaba a una ciudad y me daba cuenta de que el dolor seguía allí, volvía a la estación y cogía el primer tren que pasara. Pero los recuerdos, como la humedad, se metían por todas partes. Si la ciudad tenía mar, el olor a ozono y a salitre me recordaba a ella y entonces retrocedía hacia el interior, pero a donde quiera que iba siempre me encontraba con otros recuerdos que me expulsaban de nuevo a otra parte.

Olvidar a toda costa se ha convertido en un objetivo como otro cualquiera que da sentido a mi vida. Otros preparan una oposición o proyectan comprarse una casa. Yo sólo quiero borrar los recuerdos y he encontrado la manera de hacerlo.

Una tarde me quedé dormido en una estación. Cuando me desperté, ya de noche, me puse a pasear por el andén de un lado para otro, pisando el suelo como si pudiera alejarme más por las rayas de los baldosines que por las vías del tren. Mirándome el zapato en cada paso, seguía su trayectoria hasta el siguiente baldosín, y descubría una oruga, una colilla, una grieta por la que asomaba una brizna. Luego, comencé a decidir entre pisar o no pisar el objeto, entre ponerme de puntillas o pisar en diagonal. Más tarde, dividí el andén en territorios geográficos: Norte: 80 losetas donde abundan

las cáscaras de pipas; Sur: 78 losetas, dos de ellas de distinto color, donde predominan las colillas de tabaco rubio. Este y Oeste, ámbitos fronterizos: por un lado, el zócalo azul de la estación, por el otro, las vías del tren. Dividiéndolo todo, una amplia grieta central donde crecen los paniquesillos.

Cuando tuve todo perfectamente delimitado, me di cuenta de que el andén tenía sus propias reglas. Y entonces me dio por comparar todo aquello con el cosmos, pues por entonces ya sabía que por mucho que huyera, siempre aparecerían allí las mismas estrellas que habíamos mirado juntos.



Mirándolas fue como se me ocurrió la manera de olvidar. Ví el orden cósmico reflejado en todas partes y que yo mismo formaba parte de él. Y pensé que si todo ocupaba su lugar, también lo ocuparían las palabras, que en ese momento comprendí que eran coordenadas invisibles por donde pasamos obligatoriamente para pensar en todas las cosas y que las cosas serían distintas si consiguiéramos pensarlas con distintas palabras. Y partiendo de la idea de borrar los recuerdos a base de borrar las palabras que los nombran, caí en la cuenta de que también podía dedicarme a pensar cosas nuevas que desalojaran a las antiguas y que impidieran el paso a otros pensamientos.

De modo que comencé haciendo recuento de las losetas del andén. De un lado a otro, había 148, de manera que multiplicándolas por las 54 que había a lo ancho, me daba un total de 7.992. Después de memorizar aquel número, pensé que ya ocupaba un sitio que no lo ocuparía otra idea. Así que decidí seguir calculando datos para incorporarlos a la memoria como si fueran un paño de tela blanca. Tenía ante mí infinitas posibilidades: podía multiplicar todo aquello por dos o por tres, o elevarlo al cuadrado, o dividirlo por cinco y restarle el resultado de aquella división. Podía observar las constelaciones y tratar de encontrar la coincidencia entre un número obtenido de mis averiguaciones y otro resultante de operar con el número de estrellas de la Osa Mayor, por ejemplo, en combinación con Andrómeda o Draco. Todas estas operaciones me permitían estar atento a muchas cosas y obtener conclusiones nuevas que tenía que ordenar cuidadosamente para no confundir unos resultados con otros, porque pudiera ser que todos ellos, al final, coincidieran en uno. Quien sabe, a lo mejor todo se reduce a un número que resume todas las cosas de esta vida.

Con esa manera de operar, ya he descubierto tantas coincidencias y he inventado tantas palabras nuevas, que me paso el día ordenando y repasando todo para que no se me olvide. Así que el mundo se ha ido convirtiendo en un conjunto de cosas que siempre se pueden contar y que una vez trasladadas a números, pueden relacionarse entre sí. Por ejemplo, he encontrado la relación que existe entre las naranjas que hay en el puesto de Mauricio y las constelaciones. Sumando el número de estrellas de Casiopea y las de la Osa Mayor y multiplicando el resultado por siete, da el mismo número de naranjas que coloco cada día en el mostrador. Si faltan naranjas, las compro en el puesto de al lado y si sobran, las aparto para venderlas al día siguiente.

Con eso he conseguido que cuando miro las estrellas, sólo me sugieran un número o una fruta, o me recuerden a Mauricio. Todo esto tiene la doble ventaja de mantenerme ocupado y de obligarme al esfuerzo de repasar todo lo que memorizo para que no se me olvide. Ahora estoy investigando cosas



para controlar el mar, porque no me he atrevido a volver a verlo desde hace varios años. Cuando haya calculado todo, tengo pensado hacer un viaje y ponerme delante, a ver qué pasa, como si fuera un reto entre él y yo. Hasta el momento, ya tengo datos muy interesantes, como el número de kilolitros cúbicos que ocupa el agua de todos los océanos, los kilómetros cuadrados, la medida de las fosas

más profundas y las rutas de las corrientes marinas más importantes. Y ahora estoy estudiando la fauna y la flora del mediterráneo, y los porcentajes de sustancias contaminantes. Con esos datos podré oponer resistencia a todas las sensaciones que intenten asaltarme en una playa.

Además de esto, he dado nombre a todas las cosas que no quiero recordar. Si las nombro de distinta manera, ya no son lo mismo, ni traen los mismos recuerdos. Así que al mar ya no lo llamo mar, lo llamo astelí. A la brisa, zualba; al cielo, aspertún; los animales se llaman todos secundán, independientemente de su especie. Mientras hablaba, yo imaginaba a Elena, en la fotografía, con su secundán, mientras tomaba la zualba del astelí bajo un aspertún nublado.

Y pensando en la fotografía me preguntaba que si tanto quería olvidar, por qué la guardaba. Como no podía preguntarle por ella directamente, le dije que si no tenía ningún recuerdo de ella, por ejemplo, una foto.

—Sí, pero no la miro nunca. Tenerla y no mirarla también es una forma de practicar, es como mantener un pulso con ella”. Y después de un breve silencio, añadió: “a lo mejor algún día miro la foto y ni siquiera la reconozco”.

Ahora veo el mundo de otra forma. Por ejemplo, al otoño lo llamo zelorem, y está lleno de posibilidades: se pueden calcular los minutos de luz que se pierden cada día y relacionarlos con los que gana la primavera, con lo que sumando y restando sucesivamente, se llega a obtener un resultado cero. Verás que no es lo mismo pensar en el zelorem, a través de una maraña de números, que pensar en el otoño, esa estación de hojas amarillas caídas en los parques.

Tampoco es lo mismo pensar que llevo cinco años dedicado a esta tarea que pensar que son 1.826 días, que es el mismo número que resulta de multiplicar dos veces el número de constelaciones por los nueve planetas del sistema solar más el número resultante de multiplicar las estrellas de Draco por dos veces las de Casiopeia.

En fin, que así paso la vida. Hasta el punto de que ya no sé muy bien por qué llevo tanto tiempo vagando ni para qué. En realidad ya casi no tengo recuerdos que me puedan doler, porque en cuanto uno quiere aparecer, interpongo una serie de números y me pongo a operar con ellos, con lo que saco un resultado nuevo que enseguida memorizo colocándolo en una relación de mayor a menor que tengo establecida. Por ejemplo, si de repente una mañana pasa un perro y me acuerdo del que ella tenía, digo: el perro tiene cuatro patas, como las cuatro estaciones. Cuatro por cuatro, dieciseis, la tercera parte de la edad que tengo, que dividida entre cuatro, da los doce meses que tiene el año. Pero eso es raro que ocurra, porque cuando voy por la calle no veo la calle, veo losetas de las que deduzco que representan equis veces el número de ventanas y balcones u otras cosas que se me ocurran.



Algún día volveré a la ciudad donde viví con ella. Pero la ciudad ahora se llama Crearmún, un lugar con 22.050 hectáreas de superficie sobre la que se levantan 34.855 edificios, con cinco parques, dos de ellos históricos. Tiene ocho bibliotecas públicas, cinco teatros, siete polideportivos, catorce iglesias y 64.000 árboles de alineación, a los que se añaden otros 9.500 que hay en los parques. En cuanto a las calles, miden entre todas cerca de 200 kilómetros. Ahora estoy estudiando la pluviometría para conocer la media anual de litros de agua recogidos. Con todos esos datos, estoy obteniendo muchas conclusiones. Por ejemplo, he averiguado que el número de los árboles multiplicado por tres equivale a diez veces el número de hectáreas de Crearmún. Pues así es todo.

Siguió rememorando cifras, datos y palabras con una mezcla de melancolía y entusiasmo que me recordaba ese aire de orgullo de los niños cuando enseñan al profesor una tarea bien hecha. Hasta que casi dieron las doce y el dueño del bar empezó a apilar las mesas para fregar el suelo.

Cuando salimos a la calle ya casi no llovía y apenas pasaba gente. Me acompañó hasta el portal y antes de marcharse, con la mano sobre mi hombro, sólo me dijo:

–Y ahora ya lo sabes. Ahora ya sabes que brademar es una palabra que puede significar lo que tú quieras. La puedes dedicar a algo en lo que no te guste pensar.

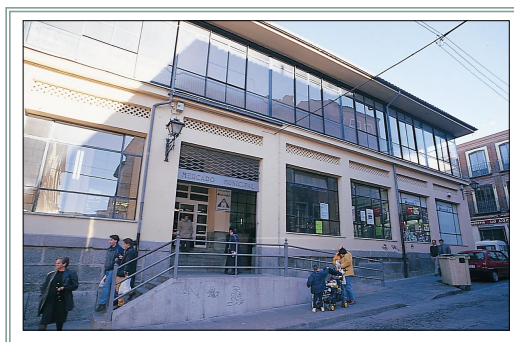
## MERCADO MUNICIPAL DE ÁVILA

El mercado municipal de Ávila se levanta sobre el mismo solar donde estuvo en su día la cárcel medieval de la ciudad, en pleno centro histórico.

Con cuatro fachadas que dan a las estrechas calles propias del barrio antiguo, el edificio actual sustituye al antiguo mercado levantado en 1898 según proyecto de arquitecto Enrique María Repullés y Vargas, autor del proyecto de la Bolsa de Madrid. El edificio tenía el estilo tan característico de la arquitectura industrial de fin del XIX: una combinación de estructuras de hierro y ladrillo con trazos neomudéjares.

Aquella construcción finisecular fue demolida por el Ayuntamiento de Ávila en 1960. De ella sólo se salvó el zócalo de piedra de la planta baja.

Sobre aquellos restos, se levantó el edificio actual según un proyecto municipal que otorgó a la construcción un estilo que podría calificarse de funcional. La distribución se realizó en dos plantas sobre rasante más un semisótano que alberga las cámaras frigoríficas y los almacenes.



Desde su construcción sólo se han realizado pequeñas obras de mejora: hace quince años, se cubrió una galería a base de cristalerías para solucionar un problema de humedades y en 1996 se eliminaron las barreras arquitectónicas en los accesos, en los que se construyeron pequeñas

rampas para el transporte de los carritos de la compra.

El interior del mercado alberga 57 puestos, de los que permanecen cerrados una veintena. Estos se distribuyen en las dos plantas: en la primera, se encuentran los pescados –con una oferta muy amplia, variada y apreciada en la ciudad– y en la segunda, las carnes. El resto de especialidades, se reparten en ambas plantas en partes iguales. Este es el único mercado que tiene la ciudad de Ávila y cuentan los que lo conocen bien que guarda el encanto de las cosas que tienen años de historia, pero que su mayor problema es el lugar donde se encuentra, pues el casco antiguo, por la dificultad que ofrece a la movilidad, plantea ciertos problemas para atraer a más clientes.